

# No pierda ninguno



# TAPAS

Ahora puede tener ordenados sus ejemplares de *El Ciervo*. Aproveche esta oferta de nuestras tapas autoencuadernables.

1 tapa:

1.200 ptas.

3 tapas:

~~3.600 ptas.~~ 3.000 ptas.

5 tapas:

~~6.000 ptas.~~ 4.000 ptas.

Pídanoslas: c/ Calvet, 56. 08021 Barcelona.

Tels. 93 200 51 45 y 93 201 00 96

Fax. 93 201 10 15

E-mail: [elciervo@retemail.es](mailto:elciervo@retemail.es)

## PROPUESTAS PARA UNA ESPERANZA

**Toni Comín**

Licenciado en Ciencias Políticas y Filosofía y profesor de ESADE

El siglo XX ha sido, efectivamente, el de la crisis de la modernidad. Durante quinientos años, los occidentales entendimos que la historia tenía un sentido: el futuro sería mejor que el pasado. Las cámaras de gas de Auschwitz confirmaron una sospecha pesimista: el progreso quedaba verificado sólo como progreso tecnológico, pero a nivel moral, más que de progreso, la humanidad había dado claras muestras de regresión. Nunca el ser humano había llegado a cotas comparables de crueldad. ¿Cómo mantener, en estas condiciones, la optimista fe ilustrada en el progreso histórico?

La posmodernidad del fin del siglo XX fue este ineludible saldar cuentas con una Ilustración fracasada. Los sueños de la razón producen monstruos: las utopías políticas de la razón moderna han llevado siempre al totalitarismo. El sueño liberal-capitalista trajo la pesadilla nazi-fascista; el sueño marxista-comunista trajo la pesadilla estalinista. ¿Qué le sucede a la razón moderna que siempre trae lo contrario de lo que promete? Quizás deben tener razón los posmodernos cuando desconfían de cualquier esperanza histórica como de la peste.

Sin embargo, la militancia del presente y el relativismo típicamente posmodernos acaban llevando necesariamente hasta el cinismo. Y el cinismo, ya lo sabemos, es el caldo de cultivo perfecto para el totalitarismo del *status quo* y de quienes saben que por la noche van a comer. Quizás, mientras cruzamos la puerta del nuevo milenio, deberíamos hacer una revisión crítica de nuestra crítica posmoderna del optimismo ilustrado.

Quizás lo que haya fracasado sea no la idea de progreso —y con ella la idea de historia, la de reforma social y la de proyecto utópico—, sino una idea de progreso basada exclusivamente en la razón moderna. Es ésta una razón que pretende autofundamentarse a sí misma, desde sí misma. Y que, a causa de ello, siempre acaba por construir sus utopías en base al economicismo y a la violencia. Pero ¿acaso hay una posibilidad de pensar el progreso que no se base en la razón y sus utopías?

El siglo XX, de la misma manera que ha supuesto el ocaso de la modernidad estricta, ha sido también el de la irrupción más o menos sigilosa, en el campo del pensamiento, de una alianza entre el mundo de la razón y el mundo de lo simbólico, de la gratuidad, de lo místico o, como lo llamamos comúnmente, de lo religioso. Son muchos los ejemplos que van tejiendo poco a poco un nuevo paradigma cultural.

Desde el cristianismo, está el ejemplo de Mounier, que se decidió a asumir sin recato la modernidad cultural, filosófica y política. ¿Qué filosofía de la historia nos dejó el personalista? Una frase suya la resume: “La persecución del Absoluto nos lleva constantemente a la historia y, sin embargo, nos arroja constantemente fuera de la historia”.

Desde el campo de la filosofía, tenemos un ejemplo cercano, que representa un tono, una sensibilidad y unas intenciones totalmente distintas a las mounierianas. Y, sin embargo, hay cierto parecido. Es el de Eugenio Triaś y su filosofía de la “edad del espíritu”. En esta filosofía, la historia está dominada por una teleología del “espíritu” —una teleología que no se corresponde con una visión lineal del progreso, sino con la idea de que las distintas etapas históricas son como unas “variaciones” musicales sobre un mismo “tema”, un tema que nunca acaba de llegar. Y el concepto de “espíritu” significa el encuentro entre una razón fronteriza (que ya no se autofundamenta) y el símbolo (como lugar donde se aloja lo religioso).

Valgan como ejemplos muy distintos y distantes de que los tiempos están por la recuperación de la esperanza histórica. No una esperanza cerrada en un futuro perfecto, sino una esperanza quebrada, abierta —un “optimismo trágico”, como diría Mounier— en un futuro siempre imperfecto. La mística encarnada nos hace no absolutizar la historia, pero nos impide renunciar a ella y, por eso mismo, nos impide renunciar a la razón. La memoria de las víctimas, como decía Benjamin, es la causa de nuestra esperanza. La memoria que une el presente al pasado. La esperanza que une el presente al futuro.